

Maestro Fray Alonso Guerra. Despues que acabó este priorato le eligieron por Prior en su Conuento de la ciudad de Lima, siendo Prouincial su gran amigo Fray Alonso de la Cerda, que confirmó la eleccion aprouandola por muy acertada. No se engañaron los electores, porque gouerno santa y prudentemente y con general gusto de los subditos, que se reformauan mucho en sus acciones, incitados a maior virtud. Pretendieron hacerle Prouincial, mas con grande humildad suplicó a los electores que no le echasen a cuestas tan graue peso: y con importunos ruegos alcanço lo que pidio, y se dio el prouincialato a otra persona. Quedose Prior de su Conuento, y quiso Dios que començase a descubrir la paciencia y sufrimiento en los trabajos, que son los que aquilatan y suben de punto el valor y virtud. Predicó vn dia delante del Virrey y de la Audiencia Real, y en el discurso del sermon tocó vn punto que importaua mucho a la conciencia de aquel auditorio cerca del repartimiento de los Indios que iban a la villa de Potossi, cien leguas de distancia, a trabajar y sacar plata de aquellas minas dejando sus cassas, sus labores, sus hijos y sus mujeres, y caminando con grandissimo detrimento y peligro de la vida, y que los mas que iban a ellas no voluian; persuadia que se quitasen aquellos repartimientos. Tocaua la doctrina a muchos interesados, reuiuieronlo mal, y cayó en suma desgracia con este sermon. Pusieronle tan mal con su Prouincial y dijeronle tantas cossas del sermon, que con mas colera y menos consideracion y respecto del que se deuia a persona tan graue y religiossa, le quitó el oficio de Prior y le notificó que dentro de tres horas saliesse de aquella Corte y se fuesse a viuir al Conuento de Arequipa, ciento y cinquenta leguas de la ciudad de Lima. Lleuó este golpe el Maestro Fray Alonso Guerra con mucha humildad y paciencia. Mostró en esta ocaasion que bien merecia mandar quien tan puntualmente supo obedecer. No habló palabra sobre el casso, y tomó el camino de Arequipa sin despedirse del, ni dolerse de sus trabajos ni sus propios amigos, que en esta ocaasion le faltaron todos, por no disgustar al Prouincial: que esta es la condicion de los hombres, dejar al caido.

## CAPITULO VEINTE Y DOS.

*Como fue el maestro Fray Alonso Guerra obispo, y de las cossas que le sucedieron.*

1581.

**E**N su destierro de Arequipa estaua el maestro Fray Alonso Guerra, ocupado en sus ordinarios exercicios de revoluer libros y estudiar cossas de la sagrada escriptura, quando el Rey D. Phelipe Segundo, teniendo noticia de sus grandes letras y santidad le presentó a la Sede Apostolica para Obispo del Rio de la Plata, que en aquella saçon hauia menester tal persona para su quietud. Despachole su Real Zedula el año de mill y quinientos y ochenta y vno; y el mismo año fue promouido al Obispado de Honduras Fray Alonso de la Cerda, su amigo. No queria el humilde maestro aceptar el Obispado, y sauiedo que algunas personas que hauian hecho grande instancia para que le desterrasen de Lima, hauian escrito a España muchas cossas

con-

contra él, decia que no hauian escrito nada de importancia para estoruarle la promocion, y que él, como quien las sauia mejor, las escriuira de modo que se cumpliesse su desseo y no tuuiesse efecto el Obispado. El Prouincial que estaua ya arrepentido de su determinada resolucion, le suplicó admitiesse la Prelacia y le mandó como superior suio, con precepto de obediencia y rigurosa censura de excomunion, que la aceptasse. Assi lo hizo dando exemplo de obediencia, y el Virrey D. Martin Enriquez le visitó en su celda, y conociendo la pobreza que en ella tenia el Bdto. P., le ofreció todo el ornamento pontifical que hauia menester, y el gasto del dia de su consagracion, y dos mill pessos para el gasto del camino, que es muy largo, desde Lima al Rio de la Plata. Llegó por este tiempo a Lima el P. Fray Francisco de Victoria, Religiosso de Ntra. Orden y Obispo de Tucuman, y lleuó las Bullas para que se consagrare nuestro maestro Fray Alonso Guerra, y juntamente lleuó orden para que se celebrase Concilio Prouincial en aquella Ciudad de Lima, con expresso mandato de su Magestad y del Summo Pontifice. El Arçouispo congregó a sus sufraganeos, y estando todos juntos se consagró en la Iglessia Cathedral de aquella Ciudad. Consagrole el Obispo del Cusco, y asistieron a este solemne acto el Arçouispo y otros seis Obispos, el Virrey y la Real Audiencia con toda la caualleria y nobleça de aquella corte. Fue vn acto el mas authorizado que deste genero ha hauido hasta hoy en aquel Reino, y no se ha visto otra consagracion de Obispo, donde haian asistido tantos Pontifices como en esta. Ofrecieronle al recien consagrado grandes presentes: el Virrey, todo lo que queda dicho, y el Obispo del Cusco que le consagró, demas de darle joyas preciossas, le puso en la caueça vna mitra que se apreció en diez mill ducados. Aquel dia lleuó el Virrey a todos los Obispos a comer a su palacio y hizo grandes gastos, como generoso principe y rico cauallero.

Diosse principio a las cossas del Concilio, y siempre el voto del Obispo Fray Alonso fue muy estimado, y hizo gran ostentacion de sus muchas letras y santo y piadosso celo del seruicio de Dios y de la salud de las almas. Al cauo de dos años se disoluió el Concilio y el buen Obispo se puso en camino para su Iglessia, caminando con tanta modestia y pobreza, que quantos le encontrauan y no le conocian le tratauan como a fraile, que era la maior honra de que el Bdto. Prelado se preciaua. Assi llegó a la Villa de Potossi, y entrando en el Conuento de su orden sin pompa ni autoridad de Obispo, no halló al Prior en cassa: tomó la vendicion del Superior (que no le conocia y nunca lo hauia visto) como si fuera vn religiosso particular; el Superior le pidió la licencia con que venia y él respondió que se hauia quedado atras su ropa, y que en llegando la manifestaria. Reprehendiole entonces y le dijo el Superior que no era buen modo de caminar aquel, que la licencia hauia de venir en la manga, y no entrarse en Conuento sin ella. Al momento hizo la venia el buen Obispo tendiendose de largo a largo en el suelo, que es la humilde ceremonia que vsan los Religiossos quando les reprehenden los Prelados algun defecto. Poco despues llegó el Prior, que le conocia muy bien, y como le vido, le pidió la mano y bendicion puesto de rodillas, y entre los dos passaron grandes cortesias, de que el Superior quedó asombrado y corrido de la falta en que hauia iucurrido sin querer. Mas el Obispo lo hecho en donaire discretamente prosiguiendo su viaje con la mesma modestia que siempre. Llegó a su obispado y al punto se determinó a viuir con mas rigor que hasta entonces, porque le pareció al buen Prelado,

co-

como es verdad, que toda la reformation de sus feligreses hauia de tener principio en la suya propia. Y hassi viuia en su cassa con la pobreça, recogimiento y estudio que solia tener en su Conuento. Ceñiase estrechamente con el amor de la pobreça, y en señal desto no tomó dinero en su mano, sino que le libraua por papeles a su mayordomo. No vestia lienço, sino tunica de xerga en lugar de camissa; en la comida era templado y en la messa guardaua silencio, y hauia ordinariamente leccion de la vida de algun santo, especialmente de los de su Orden y del seraphico P. San Francisco, su gran deuoto. Hacia grandes limosnas a los pobres, y con su buen exemplo predicaua reformation a la cleresia. Tenia su cassa junto a la Iglessia maior, y del aposento donde tenia vna muy pobre cama en que dormia, a la capilla donde estaua el Santissimo Sacramento, no hauia mas que vna pared con puerta, cuya llaue tenia él solamente sin fiarse de nadie, y con esta comodidad trataua muy a menudo sus negocios con Dios escondido debajo de accidentes de pan. Leuantauase todas las noches dos horas antes que amaneciese, y puesto de rodillas delante del Santissimo Sacramento, tenia larga y profunda oracion, con abundantes lagrimas. Despues decia su missa, sin faltar dia que no celebrasse aquel diuino misterio: y era con tanta deuocion y sentimiento, que tardaua vna hora entera en decirla, con admirable respecto y reuerencia aquel santo lugar. Luego tenia otro gran rato de oracion: en acauandola, luego despachaua los negocios que se ofrecian del gobierno de su Iglessia y daua grata audiencia a quantos querian hablarle, que salian consolados y muy edificados de su presencia. Predicaua muy a menudo y con gran espiritu, enseñando y doctrinando al pueblo; y conociendo la falta que hauia de letras y sobra de ignorancia entre aquella gente, se humilló el Bdto. Obispo a ser preceptor de gramatica, y pidió a algunos vecinos le diessen sus hijos para enseñarles latinidad, y les enseñó con tanta puntualidad y cuidado, como si fuera vno de los preceptores que ganan salario con este oficio. Muchas veces salió él mismo a dar el Santissimo Sacramento del altar y la extrema vnion a los enfermos, y ordinariamente confesaua (que era muy a menudo) a qualquiera persona que a él ocurria, y tenia su confesonario en la Iglessia donde asistia para aquel ministerio como si fuera vn sacerdote particular; y quando él confesaua (que era muy ordinario) vertia muchas lagrimas a los pies del sacerdote, y daua tales suspiros y sollosos, como si cada confession fuera la víctima de su vida. Miraua mucho por la honra de sus clerigos, y si hauia de castigar a alguno, era con mucho recato y gran secreto, porque los seglares no destimasen a los eclesiasticos, ni conociesen sus faltas. Honraua como a santos y tenia grandissimo respecto y reuerencia a los Religiosos, y parecia que todos eran tales qual es la obligacion que tienen. Doliase mucho del mal tratamiento que los españoles hacian a los indios. (Plaga terrible y mal incurable de todo el nueuo mundo.) Dauales liberales limosnas y fauorecialos como P. en todas sus aflicciones. En estos exercicios y ocupaciones estuuó el Bdto. Obispo dos años gobernando su Iglessia con suma paz, quando el Demonio, que es padre de mentira y de zizaña, procuró sembrarla entre él y sus feligreses, y le puso en condicion de hacer prouea de su paciencia, en que hicieron los hijos de Satanas furiosos golpes, y no pudieron romperla. Muchos males y peruersas costumbres de aquellas gentes clamauan en la presencia de Dios y causauan grandissimos escrupulos en la conciencia del Sto. Obispo, que poniendo los ojos en la irreprehensible vida de su antecesor, y en el animo y

celo

celo con que pretendió la reformation de su obispado, él tanuien quiso llevar adelante su santo intento. Sintieronlo los desconcertados, dieron quejas y hablaron mal, y con feas palabras dijeron su sentimiento. No querian pagar los diesmos a la Iglessia, y el Obispo procedia contra ellos como contra rebeldes, y los declaró por descomulgados; y ellos de mano armada fueron a su cassa y prendieron sus criados, y quisieron matar a vno que hauia notificado ciertos autos; mas escapose de sus manos y fue en busca del Obispo al qual halló puesto de rodillas y haciendo oracion delante del Santissimo Sacramento, y le dijo: V. S. se ponga en cobro porque le quieren prender y a mi me han querido matar. Y el Obispo con grandissimo sociago, sin alteracion alguna, le respondió: Hijo, tened paciencia, que Dios mirará por nuestra caussa. Con esto, por dar lugar a tan gran alboroto y furia popular, determinó salir de aquella tierra y ir a la Ciudad de la Plata, a dar noticia del caso a la Real Audiencia de las Charcas, que allí reside. Salió vn domingo de ramos, y caminó con grandissima incomodidad y maior paciencia por vn desierto despoblado y aspero, de ciento y veinte leguas, tierra no haitada sino de indios caribes feroces y rebeldes, que las armas españolas no han podido sujetarlos. Por allí passó sin defensa, que no llevaua consigo mas que la gente de su cassa, que era poca. Muchas noches quisieron los indios dar asalto en la tienda del Obispo, mas guardole Dios para que padeciese otros trabajos y nos dejasse ejemplo de su mucha santidad y gran paciencia. Antes de hacer aquella jornada, escriuió desde vn lugar que llaman Buenos Aires, vna carta muy elegante y de grande espiritu, al Rey Phelipe Segundo, y la despachó por el Brasil, entretanto que llegaua a proponer su negocio en la Audiencia de las Charcas. Luego que llegó a ella le recibieron el Presidente y Oidores como a santo, y informando de su negocio, se halló tan pobre, que el Procurador y letrado de su caussa huieron de ser los que por oficio y salario publico lo eran de los pobres. Oieronle muy bien y dieron justa sentencia en su fauor, admirandose cada dia mas, los que le tratauan, de tan gran paciencia y templança de palabras. En aquella mesma Ciudad de la Plata tuuo respuesta de la carta que hauia escrito al Rey desde Buenos Aires, y allí tuuo Çedula en que le hizo merced su Magestad del Obispado de Mechoacan en la Nueua España, y juntamente supo que su buen compañero Fray Alonso de la Cerda era promouido del Obispado de Honduras al de las Charças.

### CAPITULO VEINTE Y TRES.

*Del viaje y llegada a su Obispado de Mechoacan, y de su muerte.*

CON la nueva promocion salió de aquella Prouincia para la Ciudad de Lima el Bdto. Obispo D. Fray Alonso Guerra, donde hauia de tener embarcacion para Nueua España, en el puerto del Callao; y quando llegó a su Conuento, donde hauia receuido el hauito, fue increíble el goço con que le recibieron aquellos Religiosos que le conocian bien y le respectauan como a santo. Quando vio aquella Santa Comunidad, no cauia de contento,

F 3

llo-